



Comisión 7

Índice

1. Mano Negra. Manuel Báez
2. Difícil de entender, difícil de superar. Luisina Becker
3. Cambios rotundos. Mariano Cardín Quiroga
4. Che gigante. Arturo Depratti Ramírez Abella
5. Otoño peronista. Ramiro Giagante
6. Interferencias. Gabriel Ilieff
7. El periodista. Josue Levitt
8. Revoltosos y despeinados. Yamila López
9. Amar en tiempos de cerveza. Nazareno Napal
10. Ser fuerte y nunca callar. Micaela Perfumo
11. Saba, droga y rock and roll. Lucas Pérez Pallavicini
12. Como en aquella época. Juanita Pichén
13. Las almas dieron la voz. María Plata
14. Un mayo agitado para Francia. María Lucía Rojas Perassi
15. Un aire de revolución. Laura Vargas Ramos
16. La calle uniformada. Paula Vargas

Mano negra

Manuel Báez

No todos los días se ven gestos como el de Thomas, un chico de 16 años que mintió sobre su edad para ingresar a las Fuerzas Armadas, porque creía que era la única forma de ayudar a su país y terminar con la guerra lo antes posible.

Por su altura y buen porte físico, pasaba desapercibido entre sus compañeros. Meses de preparación y entrenamiento duro, le hicieron creer que estaba listo al momento de ser requerido para la acción, pero la verdad es que nunca nadie está listo.

Fueron seis largos años de servicio, pero de todo ese tiempo hay dos fechas que jamás podrá olvidar, la primera, en su segundo año, donde ya creía que podía con todo, y tuvo la mala suerte de ser enviado a hacer reconocimiento en una escuela, en la cual encontró incontables cuerpos de niños, envenenados con cianuro, no durmió por semanas. El segundo día que lo marcó, fue en su anteúltimo año, mientras estaba avanzando en el terreno, escuchó el grito de un niño, las imágenes de la escuela pasaron por su cabeza, así que corrió en su ayuda, entró en una casa donde un chico de unos diez años yacía atrapado bajo unos muebles, estiró su mano derecha para tratar de sacarlo de ahí, pero en ese momento algo bajo los muebles se detonó, había sido una trampa, él salió despedido y cayó inconsciente, cuando despertó vio horrorizado, que había perdido la mano.

Luego de un último año de no mucha utilidad, el ejército prescindió de sus servicios, fue enviado a casa. Él había soñado toda su vida con el momento triunfal del regreso, pero no se sentía ganador, sentía que parte de sí, había quedado allá, además, para su sorpresa, al llegar apenas recibió unas palabras de agradecimiento y un gran rechazo de la sociedad.

Los grupos pacifistas habían levantado sus banderas en contra de la guerra y cualquiera de sus símbolos, en este caso, un veterano.

Se cerraron muchas puertas para él, no generaba una buena imagen un ex combatiente y su discapacidad lo marginaba de trabajos pesados.

Finalmente se volcó a la bebida, su alegría y expectativas se habían ido por las ambiciones de dinero camufladas por promesas de esos falsos ídolos.

Entre copa y copa no paraba de pensar que otro chico con su misma edad, se encontraba en las Fuerzas Armadas y le esperaba un futuro similar.

Difícil de entender, difícil de superar

Luisina Becker

Aires de cambio danzaban en las calles invadiendo los cuerpos de aquellos que no se hacían ajenos a lo que los rodeaba, a ese clima que despertaba un carnaval de sensaciones.

Los días que todos los ciudadanos esperaban, fueron asomándose de apoco en aquella pequeña ciudad alejada de lo céntrico. Nada tiene una durabilidad infinita -aunque así lo quisiéramos- por lo que los días grises no tardaron en aparecer.

La alegría y el optimismo que los supo rodear hoy solo lo recordaban como algo ajeno. Primeramente, se alegraron de los nuevos acontecimientos que surgieron, los cuales les permitían saber que era lo que sucedía no solo en su entorno, sino además podían enterarse de lo que sucedía al otro lado del mundo, considerándose incluidos del mundo.

La cosa cambio cuando se trató de algo que los involucraba, o así pensaban que era. La era de las comunicaciones comenzó a avanzar rápidamente y consigo trajo cosas inimaginadas. Fue una mañana que se encasillaba en ser una más del montón, en el Bar de la esquina donde el cantinero limpiaba sacándole lustre aquellas copas de cristal y mientras Don Juan tomaba su café de todas las mañanas; y fue cuando la transmisión de aquel televisor que poco se veía y aún menos se escuchaba, se interrumpió para dar noticia del acontecimiento

más raro que se había escuchado. Un gran objeto de difícil identificación estaba arrasando con varias ciudades de la capital. El aparente objeto tenía un gran tamaño, comparándolo con grandes edificios de más de 20 pisos, de una textura poco agradable, parecida a la piel de un cocodrilo, pero con grandes sarpullidos, o eso al menos era lo que contaba la periodista del informativo matutino.

La noticia no tardó en tener gran alcance en aquel pequeño pueblo, no era más del mediodía y ya se habían enterado todos los habitantes, o la gran mayoría; a pesar de que el único medio que tenían para informarse era ese descuidado televisor de la cantina.

Los ciudadanos comenzaron a sentirse inquietos e inseguros de que aquel extraño objeto que se encontraba a miles de kilómetros de ellos podía llegar hasta allí y exterminarlos a ellos. Quizás toda aquella paranoia sucedía porque lograban recuperarse de acontecimientos tan dolorosos como lo fueron las guerras, esas cosas también pasaban allá lejos de ellos pero nunca dejaron de estar afectados.

Cambios rotundos

Mariano Cardín Quiroga

Todas las actitudes de ese joven, ya sea por su adicción a las drogas o el alcohol, hacían pensar a cualquiera, que no terminaría bien. Sus sueños de ser partícipe de todas las fiestas desenfundadas, ligar con cientos de mujeres y tener dinero suficiente para cubrir su demanda de drogas y combustible para su moto, lo llevaban por mal camino.

Resulta que Tony, como le decían sus amigos, hacía hasta lo imposible por conseguir heroína, pero este tema se volvió muy arriesgado para él, hasta entrar en la delincuencia. Fue entonces la noche del 7 de julio de 1954, cuando un error en los cálculos hizo que se confundiera en el horario en que llegaban los dueños de la casa, a la cual él y dos amigos más estaban robando.

Sus dos amigos enseguida se percataron que los dueños llegaban y se fueron, sin avisarle a Tony, dejándolo solo. No tardó en llegar la policía y llevarlo preso.

Ya en la corte, le dieron dos opciones, cumplir una condena en prisión de 15 años, o inscribirse en el ejército. Pero lo que Anthony nunca se imaginaría es que tan sólo un año después Estados Unidos entraría en guerra con Vietnam.

Desde el momento en que entró en combate, nunca más se supo de él, aunque pocos preguntaron. Nadie le interesaba saber sobre Anthony Rashford, un joven que poco se interesaba en su vida y no dejó huellas al morir.

Che gigante

Arturo Depratti Ramírez Abella

Crecí pensando que Cuba era el único lugar donde fue posible conseguir aquello por lo que mis viejos y sus 30.000 compañeros lucharon. Una isla casi mágica, donde hay justicia social y ganaran los buenos. La figura del Che y Fidel tomaron dimensiones gigantescas en mi infancia y siempre imaginé a mi mamá con una boina como la de Guevara.

Cuba, siempre pensé, es el único lugar en el mundo donde David venció a Goliat.

Muchos años después pude visitar la isla. Fue un gran golpe, no puedo negarlo, entender que aún en Cuba, existen contradicciones como en todas las sociedades y no podía comprender que hubiera cubanos que criticaran el régimen, que no quisieran al gran Fidel.

La ruta que separa a La Habana de Santa Clara está casi abandonada, tiene muy poco tránsito y está llena de carteles de propaganda revolucionaria. El que más me llenaba de alegría y que se repetía cada varios kilómetros decía “Queremos que sean como el Che”.

Al entrar en Santa Clara el corazón me empezó a palpar intensamente, cuando bajé del auto, instantáneamente comenzó a llover. Nunca había sentido esas gotas grandes y cálidas

características de los aguaceros tropicales. Caminé no más de cien metros y vi al Che, lo vi gigantesco como lo imaginaba de chico. Me invadió una profunda emoción y mis lágrimas eran como las del aguacero.

Hoy, a la distancia, creo que no estaba tan equivocado cuando era niño y creía que el Che Guevara es enorme, es enorme Fidel y todo el pueblo cubano.

También ahora entiendo que las contradicciones existen en todos lados, inclusive en Cuba. Creo que son justamente las que nos motivan, el motor de las luchas y las transformaciones.

Otoño peronista

Ramiro Giagante

Buenos Aires, 26 de mayo de 1973

Hola vieja ¿Cómo estás? Yo bien. Estuve un poco resfriado estos días, en cama. Me vino a ver Luis, el papá de Ricardo, que es médico. Me dijo que no salga de casa por unos días. Igual ya me siento mejor. De paso aproveché a descansar de la facultad que ahora es un quilombo. Ahora que asumió Cámpora están todos los pibes eufóricos. La calle está caliente, las cosas están cambiando.

Hice la receta de la torta de manzana que me mandaste ¡Me salió bastante bien! Cuando me vengas a visitar te voy a hacer una. ¿Vas a venir en agosto como me habías dicho? Podrías decirle a la abuela que venga también, todavía no conoce el departamento.

El sábado vamos a ir a ver a Sui Generis con Ricardo. Tocan en un bar en el centro. A Julia seguro le gustaría ir... ¿Cómo anda ella? ¿Extraña mucho a papá? Fue un golpe muy duro para ella, pero sé que va a salir adelante. Es una piba de oro. Mandale un abrazo de mi parte.

Acá el primo Jorge sigue con su banda. Desde que se compró esos discos de los Beatles está todo el día con la guitarra. Parece que vive más de noche que de día. Anda de joda en joda. Además creo que está militando en alguna agrupación de izquierda.

Bueno vieja, espero que anden todos bien por Bahía, escribime pronto. Yo voy a empezar a estudiar para los parciales que se me vinieron todos encima. Te mando un abrazo.

Te quiero.

Interferencias

Gabriel Ilieff

R. es un pesimista. Desde que llegó a Estados Unidos no deja de repetir que falta poco para el fin del mundo. Toda esta revolución de la consciencia, el movimiento hippie en las calles, jóvenes iluminados en cada esquina, profetas predicando en las barras de los bares oscuros, en descampados llenos de lodo, siempre con música de fondo, con guitarras subrayando sus palabras, con ritmos indescriptibles y frenéticos invadiendo los cuerpos...

R. dice que todo es una farsa. Este escenario no es más que un sueño, algo incapaz de enfrentar la realidad. "Los sueños no acabarán la guerra", eso es lo que dice R. que esta juventud está perdida, condenada a despertar en un mundo cada vez más oscuro. "La televisión será algo grande. Las pantallas van a absorbernos, a adaptarse al tamaño de nuestros cráneos y desintegrarlos. La radiación de esas señales, de esas emisiones interrumpidas, van a freír nuestras mentes. No podremos pensar sin ellas. Será como poner nuestro cerebro en esas máquinas que hay ahora, los microondas".

Él no se da cuenta que también forma parte de esto. Cree que, emborrachándose, sentado en un sillón de un departamento destartado y hablándole a unos pocos (más borrachos que él, incapaces de retener cualquier cosa), hará una diferencia. Pero la crítica no va a cambiar la historia. “Los sueños, tampoco”.

“Que esto pase en la Argentina es imposible”, dice, cuando va por su quinto whisky. R. siempre fue refinado en lo que a gustos se refiere. Es la hora de la noche en la que empieza a trabarse. Le cuesta hablar y transpira. Sus palabras de pronto pierden significado y se transforman en ráfagas oscuras, en una forma sin sentido que brota de sus labios como un vómito distorsionado. “Todos esos hombres y mujeres no están más que bailando hacia el abismo”. Los que todavía estamos allí intercambiamos una mirada preocupada. “Son niños con lenguas de colores y ojos desorbitados, con pensamientos químicos imposibles de traducir en algún idioma... y los políticos lo saben, por eso dejan que pase. Son alienígenas disfrazados de humanos. La música de ahora les pertenece. No es más que un lavado de cerebro.” R. se sirve otro vaso. No sé si fue buena idea que venga. Esta sociedad, esta ciudad va a volverlo loco.

En cualquier momento el vaso se le va a caer y su cabeza se desplomará sobre su pecho. Y allí quedará, baboseándose, en un k.o. étílico que lo sumergirá en la certeza de que sólo es posible escapar soñando.

El periodista

Josue Levitt

Luis Martín es un periodista controvertido y reconocido de su tiempo: la década del 70. Comenta en su programa que E.E.U.U. está planeando golpes militares en América Latina, según sus fuentes.

Les recomienda a los manifestantes y políticos de universidades cuidarse de comprometerse aún más en las actividades de ese tipo, pues los tienen agendados los de la S.I.D.E. para matarlos por atentar contra los intereses de corruptos de la política argentina y estadounidense.

Dice que no respetan nada. La guerra de Vietnam es no por su libertad de elegir a sus representantes como dicen, sino son para acabar con el comunismo.

Esta ideología, la comunista, atenta contra los intereses norteamericanos de, mediante el capitalismo, llenarse de dinero y acumularlo inerte e inútil. Sólo por formación al mismo. Sin importar que países en situación económica escasa se encuentren dependientes de la economía de Norteamérica. Además de estar económicamente en posibilidades de mejorar. Esa tarde Luis Martín sale del edificio del canal en el que trabaja en auto y un vehículo de vidrios polarizados lo sigue. Llega a su casa y el auto que lo persigue ya no estaba a la vista. Decide comprar un arma y practicar disparo.

Porque denunciando en su programa que el gobierno y las Fuerzas Armadas Argentinas están reuniéndose no para hablar de la guerra civil resistente, sino para ver cómo eliminar a la juventud rebelde al modelo.

Entre otras cosas esto tomó como causa la corriente anti imperialista que propone no pagar la deuda externa...

Ya en su casa, con su familia, este hombre se asusta cuando ve un patrullero llegar a su casa y estacionar con las luces celestes encendidas. Sabe que puede ser por él. Se lo comentó a su señora y les dice a sus hijos que si algo malo le pasa, no intenten ayudarlo.

Tocan fuerte a su puerta y le preguntan por si va a reconsiderar su posición de denunciar. Le ofrecen un puesto en el poder debido a su buena imagen ante la gente. Además, piensa, no quieren dejar con mala imagen el gobierno al matarlo.

Él les dice que terminará la temporada y nova a hablar más. Además recortará la información. Es verdad. No necesita decir tanto. Se aparta del programa de televisión al terminar y considera que sus ideas ya no serán expuestas, pero quedarán entre la gente.

Revoltosos y despeinados

Yamila López

La noche del 24 tocaba la banda del "Fisu". El Fisu era un amigo rockero que no podía dormir ni una noche sin tocar un rato de su "bata", como llamaba a su batería. Al loco Fisu le gustaba Sui Generis, trataba de imitarlos y le salía tan bien. Nunca me animé a confesarle mi amor, y menos mi admiración, era un poco engreído.

En nuestras buenas épocas nos encontrábamos en el parque, yo con mi guitarra y el con su armónica, y cantábamos, pero yo podía estar horas, hasta que mis manos dolieran, tocando la guitarra con tal de que cante. Las latas de Quilmes nunca faltaban en ningún encuentro. Los últimos días, como la cosa se puso difícil, sólo nos veíamos en su casa, la mía o en lo de Pachu, mi mejor amiga.

Pachu también se juntaba con nosotros seguido, pero a sus padres no le caíamos demasiado bien, creo que por nuestra ideología. Aunque me resulta raro, Pachu era de las nuestras.

Siempre me acuerdo del último año de la secundaria, prendimos fuego el tacho de basura porque el profe de historia habló mal del Che. Nos comimos los tres una suspensión, pero lo valía.

Siempre que paso por el parque nos veo ahí, a los tres sentados, con birra o mate. Pero lo loco es que el Fisu nunca llegó al bar. Nunca más tocamos la viola, nunca más tomamos una birra juntos. El Fisu era un luchador, nos tramitó a todos un aula para que ayudemos a los pibes de la villa con la escuela, se cortó el pelo porque "se había cansado del pelo largo". Él amaba su pelo, revoltoso y despeinado, pero después entendí. Siempre lo entendí. Pero no lo quise ver.

Me lo arrancaron. Yo nunca más pude decirle que lo amaba. Nunca más pasé por su casa. Paso por el parque, todos los 24 de marzo y lo lloro. Pachu se fue a Europa y no volvió. Y hoy, como hace 40 años, el pecho me duele y el corazón me late fuerte cuando paso por ahí. No lo olvido, no lo olvido nunca más.

Amor en tiempos de cerveza

Nazareno Napal

Casi cuatro años son los que llevo viviendo en Turin. No hay día que no me acuerde de mi familia. De mis amigos. De mi barrio. De mi casa. De aquellas tardes, sentados en la vereda tocando la guitarra, tomando mates y fumando un cigarro. De aquellas noches estrelladas entre amigos en las que giraba una cerveza y un porro.

Recuerdo todo con una sonrisa en el rostro. Hasta que vuelve a mi memoria esa maldita tarde en la que sonó el timbre de mi casa y atendió mi vieja. Era un hombre de traje, peinado con gomina. De su ropa desprendía un olor atrapante, creo que era a arándonos. Cuando se negó a un mate pero aceptó el café lo comencé a mirar de reojo. Era el tipo de persona que no me generaba confianza pero cuando habló todo cambió.

Me contó que la habían llegado rumores de que era un gran compositor, que tocaba como pocos la guitarra y que cantaba muy bien. Con una leve sonrisa irónica le dije que no todo lo que se decía en la calle era cierto. Aunque dudaba de que este hombre tuviese mucha calle. Me pidió entonces que le demostrara lo que hacía y así fue. Por ese entonces tenía

cuatro canciones propias en mi repertorio pero elegí cantar la última, “Amor en tiempos de cerveza”.

Cuando terminé el hombre sacó una tarjeta y dijo que su trabajo era buscar grandes artistas. Dijo que veía en mí un enorme potencial y que si me interesaba grabar profesionalmente lo llamase.

Si le hubiese hecho caso a mi vieja hoy no estaría aquí. En este sucucho de dos por dos, barriendo veredas para sobrevivir. Recuerdo muy bien las palabras de ella cuando el hombre se retiró

- No lo hagas. Esta gente no es de fiar. Suelen aprovechar lo mejor de uno y luego te arrojan como un trapo sucio.

Probablemente mi jóvenes 23 años lograron que hiciera oídos sordos a esa advertencia e hice todo lo contrario. Llamé al número de la tarjeta y mi vida comenzó a cambiar. Los primeros dos años fueron maravillosos. Escuchar mis canciones en la radio era una locura. De repente la gente me saludaba en la calle, contados eran los que me pedían un autógrafo, pero así fuese uno sólo a mí me encantaba. Empecé a ganar mucha plata, más de la que habría soñado. Pero fue justo en ese momento cuando todo dio un giro inesperado.

Mi representante me dijo que me estaba yendo muy bien, pero que me podría ir aún mejor. Que lo único que tenía que hacer era cambiar el enfoque de mis canciones. Que la moda ahora era la crítica social. Nunca me había gustado que metieran mano a mis canciones pero cuando vi el dinero que iba a ganar decidí hacerlo y firmé.

Allí comenzó el calvario. Mis dos primeros temas pasaron desapercibidos. Pero los siguientes comenzaron a ser discutidos en todos lados y a alguien no le agradó.

Todo comenzó de manera “sutil” con un robo a mi casa una noche que habíamos salido a cenar. Desvalijaron todo. Luego siguió una tarde en la que caminaba con la que en ese momento era mi novia y casi me atropellan. Un auto negro cursó en rojo y me pasó muy cerca, pero logré arrojarme a la vereda.

Lo siguiente fue lo peor. Comenzaron las llamadas telefónicas. Amenazas por carta y hasta algunas en la calle. Reiterado era el mensaje. Me exigían que me fuera del país, que mis canciones alimentaban el malestar social y que si no lo hacía mi familia era la que iba a sufrir las consecuencias.

Llamé a mi representante varias veces pero no me contestó nunca más. Revise la cuenta del banco que compraríamos y se había llevado todo excepto una pequeña suma. Rápidamente concurrí a la policía pero nadie me dijo como. Me dijeron que no eran pruebas suficientes. Que no podían hacer nada.

Los últimos días yo no dormía. No sabía qué hacer ni a quién recurrir. Hasta ese cuatro de septiembre. Eran las once de la noche y yo no había querido cenar. Un ruido seco se escuchó y dos hombres encapuchados entraron en mi casa. Con una tranquilidad desesperante rodearon a mi mamá por la espalda y la hicieron arrodillarse. Pusieron un arma en su cabeza y fue cuando yo pegué el grito:

- ¡Está bien, me iré del país!

Entré en llanto descontrolado y les rogué que no lo hicieran. Que haría lo que ellos quisieran. Una voz gruesa tomó la palabra y dijo:

- Así me gusta – me dio un sobre y se retiraron.

Lo abrí todavía temblando. Dentro de él un mensaje: Su destino, Turín, Italia

Ser fuerte y nunca callar

Micaela Perfumo

Otra noche más que nos sentíamos encarcelados o de verdad así estábamos. Ese toque de queda, ese no sentirnos libres sino cada día que pasaba más amarrados al que podía pasar mañana, ese miedo a vivir en plenitud.

Solo éramos jóvenes que estudiaban y querían divertirse, pero nos callaron. No negaron la palabra, no había explicación para lo que está sucediendo éramos cómplices de algo llamado “dictadura” no había vuelta atrás, solo consecuencias de cada acto, cómplices de cada locura.

Las reuniones a oscuras, las charlas por los pasillos, comunicarnos como en la época medieval con papeles o palomas que nadie pueda notarlos. Pero para todos no era así.

Más jóvenes de lo que creíamos Vivían en una burbuja, no sabían que pasaba a su alrededor solo que todo aún seguía siendo color de rosas, iban a sus farras y llegaban a casa en paz, claro está eran los más privilegiados.

Nosotros que intentamos hablar, que intentamos hacernos escuchar sufrimos las consecuencias. Empezó con Camilo. Camilo mi mejor amigo de la infancia el ser máspreciado y menos malo del planeta puedo decir, no mataría ni a una mosca solo por activista se lo llevaron.

Mi madre, pobre mi madre entro en pánico no me dejó salir durante días, decían los vecinos que por mi culpa los militares iban a llegar al barrio y se iban a llevar a sus hijos como en otros lugares de mi provincia.

Nos pedían por favor quedarnos de brazos cruzados sin poder hacer nada o seria mucho peor, pero como quedarnos sin hacer nada cuando nuestro amigo había desaparecido sin razón algún y nadie nos daba una explicación, decían que llevaba drogas cuando lo agarraron sabemos que mienten que no es así.

Los días pasaban y nadie sabía nada, nadie hacía nada. Nos reunimos varias noches en una plaza donde ningún hombre pasaba si quiera un perro, nadie podía más que nosotros de esas reuniones, era nuestro lugar y empezamos a pensar un plan para encontrar a Camilo.

Las noches eran frías y con niebla, algunas que otras llovían pero no fue un obstáculo para nosotros. Esa última noche estrechamos nuestras manos, nos abrazamos tan fuerte que pude sentir el perfume de cada uno de ellos, todavía recuerdo esos olores como si hubiese sido ayer.

Nuestro plan termino mal, en la mañana averiguamos en qué centro podía estar detenido y si aún seguía con vida, nadie nos daba respuesta a nada y eso nos molestaba cada segundo más. Cayo la noche y nosotros con ella, fueron minutos de correr, correr por nuestras vidas no entendíamos porque fallamos, le fallamos a él. Solo escuchamos su grito: -¡Acá estoy chicos! –entre lágrimas.

Nos habían encontrado yo escape, pero otros no.

Hoy puedo contarles lo que sentí en ese momento y con lágrimas en los ojos les digo que no fue algo que quisiera que le pase a ustedes, todas nuestras luchas no fueron en vano, Camilo nos sonríe de donde sea que este porque nunca bajamos los brazos, nos golpearon hicieron de nosotros lo que querían, nos trataron de cosa de objeto pero nunca nos rendimos.

Nos salió barato ese par de palizas pero nos hizo fuertes para nunca callar y seguir reclamando nuestra democracia, nuestra libertad.

Saba, droga y rock and roll

Lucas Pérez Pallavecini

Jimmy era un joven estadounidense, millonario, cuya familia era poseedora de una gran cadena de hoteles en muchos países de América Latina. El 14 de abril de 1973 viajaba junto a sus padres a la Argentina para instalar su primer hotel en el país, y ya que iba a ser el único heredero de todo el patrimonio familiar estaban empecinados en que aprendiera a

desenvolverse en el mundo empresarial. Jimmy tenía una gran obsesión por el dinero, era muy soberbio y quería aprender cuanto antes todo lo que pudiera sólo para generar más capital para él y su familia.

Habiendo pasado una hora y media en el avión rumbo al país austral, Jimmy se dispuso a ir al baño. Cuando abrió la puerta se encontró con Saba. Una muchacha de 18 años, Argentina, que fue bautizada con ese nombre en honor a un reino matriarcal del antiguo testamento. Un tanto descolocada trató de cerrarla enseguida y al darse cuenta que no era una azafata, abrió nuevamente y le pidió que no diga nada. Había logrado esconder marihuana en su kit de maquillaje y se la estaba fumando a bordo.

-¿Querés?- Convidaba Saba.

- No, thank you- Contestaba Jimmy, que a pesar de no entender español había captado el mensaje.

Ella sí sabía inglés, e insistió hablándole en dicho idioma. Él finalmente aceptó, porque había algo que lo había cautivado de su aspecto físico, o tal vez de su personalidad, su rebeldía, que le hacía entender que provenían de mundos totalmente opuestos. Dicen que los opuestos se atraen, porque también a Saba le llamó la atención ese joven de traje y bien peinado, que era todo lo contrario a lo que ella quería ser y rodearse.

Se quedaron encerrados en el baño mientras Saba le contaba que odiaba viajar en avión, pero que iba obligada porque su familia pertenece a la alta sociedad y le gustaba vacacionar en el país del norte, y por suerte ya estaban volviendo. Él, todo lo contrario: amaba los aviones, los negocios, su país y pertenecer a su clase. Ella pensaba que era un salame por eso, pero le fascinó la idea de cambiarlo. Insistió convidándole droga, mientras le preguntaba si le gustaban los Beatles. Él prefirió no contestar porque sabía que la respuesta no lo favorecería. Siguieron hablando y Jimmy seguía desnudando todas sus miserias mientras ella las soportaba y esquivaba los horrorosos comentarios que hacía sobre el dinero que tenía su familia. La fascinación que Saba tenía por desprenderlo de su ideal individualista e híper consumista era más fuerte que cualquier cosa que él dijera. Por eso decidió dejar de escuchar las barbaridades que decía para besarlo.

Fueron interrumpidos por una azafata que les pidió por favor que salgan, que estaba prohibido ingresar al baño de a dos. Salieron, volvieron a sus asientos pero él no dejaba de pensar. Le parecía intrigante y absolutamente atractivo todo lo que tenía que ver con Saba, que había acaparado su cabeza de forma total. Ya no le importaba a qué viajaba a la Argentina, sólo quería seguir conociéndola. Cuando bajaron del avión la increpó y le pidió que salieran a tomar algo esa misma noche. Ella le dejó anotada la dirección de un bar en Palermo, donde quedaron en encontrarse a escuchar música. Lo primero que hizo apenas se despidió, es suspender todas sus actividades empresariales para dedicarse plenamente a conocer a Saba, que logró su cometido.

Pasaron 3 días intensos, Saba logró su cometido pero se dio cuenta que también estaba cautivada por el giro que había dado Jimmy a su vida, sólo por ella. Se enamoraron y lucharon por la patria socialista.

Como en aquella época

Juanita Pichén

Hace quince años escuchaba a los adultos hablar de “música disco”, en aquel entonces me imaginaba un CD o música grabada en él. Una mañana en el jardín, la profesora hablaba del baile que haríamos en honor a ésta música.

Desde muy pequeña me invadía la curiosidad y aquel momento no fue la excepción, inmediatamente levanté la mano y le pedí que explicara a qué se refería. Ella sin decir palabra alguna se puso a bailar, causando risas y burlas en mis compañeros, claro sin excluirme. Entonces nos pidió que salgamos y que en el patio formemos un círculo. Con

una grabadora en mano se acercó a nosotros, nos pidió que nos sentemos y escuchemos con atención.

A principios de los años 70, para ser más específica finales de los 60, en Estados Unidos, Europa y Latinoamérica se escuchaba hablar de éste género, que contaba con un auge y una popularidad muy alta en todo el mundo en general. En realidad, era una mezcla de elementos de géneros anteriores, como el Soul y el Funk, con toques latinos en muchos casos.

-Profesora, ¿Cómo solían vestirse para bailar ésta música? – interrumpí.

-Tranquila, todo a su tiempo- Exclamó-. Los artistas más conocidos de aquella época eran Donna Summer, The Jackson 5, Chic, Gloria Gaynor, entre otros. Recuerdo que solíamos usar polleras largas y blusas que dejaban los hombros al descubierto, los hombres zapatos de tacón, camisas con el cuello abierto y vaquero de traje- Seguía relatándonos.

Tras varias semanas de ensayo por fin llegó el día, la presentación fue un éxito. Me es imposible asimilar los cambios tan radicales que se dieron, no sólo por el género de la música, ni mucho menos la forma de vestir, o en realidad es por todo.

Las almas dieron la voz

María Plata

Era un pueblo pequeño, sin muchas pretensiones, como lo son la mayoría de lugares latinoamericanos. Marquetalia no tenía una fecha de fundación pero por acuerdo común, tanto lugareños como autoridades, habían declarado que el 14 de mayo sería el día para celebrar su creación. Nunca una fecha había sido tan certera en la historia para conmemorar el inicio de algo.

En los años 60, Colombia era un país como cualquier otro de la región. Dependía en extremo de los Estados Unidos, tenía una economía que vivía de las materias primas y su mirada estaba siempre hacia fuera, nunca hacia dentro. Entre todo esto, solo había algo que la hacía destacar de todas las realidades pobres de la región, el amor y la defensa por la tierra.

A diferencia de los otros países de la región, Colombia tenía una fuerte tradición minifundista, no latifundista. Esto se traducía en un montón de campesinos pobres que amaban su pedazo de tierra más que a su vida y que no estaban dispuestos a vendérsela, regalarse o dejársela quitar a nadie, así su vida estuviera en riesgo.

Así, un 14 de mayo de 1964 y con los vientos de una revolución cubana triunfante resoplando en todo el continente, un campesino, de esos tantos que no soportaba más injusticia ni desigualdad, buscó la forma, tal vez la única que había en ese momento, de hacerse escuchar, de defender sus ideales por el medio que, en sus propias palabras afirmarían después, le dejaran las oligarquías.

Con 17 fusiles antiguos a las doce del día, Marquetalia vio nacer a la que sería la guerrilla más antigua y consolidada de toda América Latina. Manuel Marulanda Vélez se convirtió en “tiro fijo” y las armas su único medio para hacerse escuchar.

Héroes o villanos, revolucionarios o asesinos, luchadores o narcotraficantes. Todavía la historia no tiene ninguna de estas descripciones fijas para ellos. Todas sirven y todas fallan a la hora de describirlos, faltarán más años y más análisis para darles el lugar que les corresponde.

Lo único cierto es que a 52 años de su formación, sólo hasta ahora se entendió que por más que se quiera, los fusiles no dan ideas, dan violencia. Tal vez por fin mediante un acuerdo, se pueda callar en Colombia la única voz que nunca se debería escuchar, la de la guerra. Sólo queda esperar que sus habitantes no se hubieran acostumbrado a ella.

Un mayo agitado para Francia

María Lucía Rojas Perassi

La persecución política se hacía presente en cada sitio, en cada lugar de la ciudad de París. Miles de jóvenes tenían miedo de salir a la calle, ese lugar en el cual la protesta es una constante y una expresión de libertad.

Ellos sólo reclamaban sus derechos, estaban en contra de la sociedad de consumo que se aproximaba. A los estudiantes, se unieron grupos de obreros industriales, los sindicatos y el partido comunista francés.

En París comenzó a cobrar vida una gran revuelta estudiantil, donde también estubo relacionada con el momento hippie que se extendió a partir de 1968.

Fueron los mismos jóvenes quienes se hacían sentir en las calles de la capital parisina. Ya no había límites, no los tenían los estudiantes de izquierda de un colegio público de la ciudad.

Un grupo de alumnos se revelaban ante el gobierno de turno, nada les importaba. Su chispa y sangre adolescente los motivaba a más, a no dejarse atraer por el sistema. Está claro, ellos perseguían una ideología, ciertos intereses que los hacían cada vez más propensos a actuar.

Sus espíritus los incentivaban a no caer, a no darse por vencidos ni aun vencidos. Ese parecía ser un lema, se movían con un cúmulo de esperanzas por lograr cambiar lo propuesto por los poderosos.

Todo el pueblo francés los apoyaba, o al menos, los sectores de izquierda, como los trabajadores y sindicatos.

Sin embargo, hubo otras autoridades que no los apoyaron. Como facultades de otras ciudades del sur de Francia. A sus mandatarios les molestaba la participación de sus alumnos en una manifestación obrera, porque violaban la autonomía gubernamental de la universidad y su condición de lugar donde se puede exponer con libertad cualquier expresión.

Entonces, vale la pena cuestionar el rol del aparato educativo como acompañantes de las luchas del alumnado.

Fueron ellos, los alumnos, quienes se encargaron de romper las reglas y hacerse escuchar en las calles parisinas.

Un aire de revolución

Laura Vargas Ramos

Me desperté como cualquier otro día, eran casi las cuatro de la tarde y otra vez no había hecho nada. Me puse unos viejos jeans que encontré en el suelo y me dispuse a ver a Marc y a Paul. Abrí suavemente la puerta del sótano y miré de lado a lado percatándome de que no hubiera nadie, salí lentamente y corrí hacia el callejón. No se oía nada, el silencio estremecía, me preocupaba. Recorrí el camino de siempre, callejones que se encontraban los unos con los otros dónde tenía la certeza que no me iban a ver. Las cámaras giraban cada treinta segundos y moverse de un lugar a otro era el más bello y peligroso de los bailes.

-¡Paul amigo abre la puerta!

Toqué varias veces pero nadie abría, el corazón se me aceleraba mientras el silencio no dejaba de acosarme. Toque otra vez, nadie. Decidí patear la puerta con todas mis fuerzas, sin embargo al más suave roce de mi cuerpo, esta se desplomó. Entré dispuesto a encontrarme con cualquier cosa, pero lo que vi, aunque era de esperarse me hizo hervir la sangre.

Encontré a mis amigos tirados, el whiskey de la noche anterior se sentía en el aire y se mezclaba con el olor de un vómito que parecía haber estado ahí por meses.

-¡Levántense! Tenemos que estar ya en donde Tom, el silencio se tomó las calles y afuera se siente un dulce aire de revolución.

Un par de andrajosos y malolientes hombres se levantaron del suelo, sacudieron un poco el polvo de sus chaquetas y salimos del lugar con rumbo al otro lado de la ciudad para encontrarnos con Tom.

Tom era un chico que había conocido hace algunos años, cuando hablaba se veía la pasión en sus ojos. La fuerza de sus palabras y el carisma natural que tanto lo caracterizaba hacían que fuera un líder como ningún otro. Todos nosotros pensábamos que él podía con cualquier cosa, era inmune a todo y no le temía a nada.

Al llegar tocamos la puerta y antes de siquiera terminar apareció él, nos halo rápidamente hacia adentro y cerro con un golpe seco y rotundo. –Están cerca- nos dijo con una mirada que jamás había visto. –¿quiénes?- pregunté pero él no supo dar respuesta alguna. Marc y Paul cerraron las cortinas y entre los tres hicimos de todo para calmarlo pero nada resultó, estaba completamente trastornado.

-Tom ¿dónde están los demás?

-Se los llevaron Jerry, ellos vinieron y yo no pude hacer nada.

Todo era tan confuso, la oscuridad se iba apoderando de la ciudad y el silencio empezó a desaparecer. Los soldados uno a uno invadieron las calles, se escuchaban los autos y las tropas del orden. El toque de queda había empezado y sabíamos que quien estuviese afuera sería aplastado como cucaracha.

Era ahora o nunca, el momento había llegado y aunque éramos cuatro personas totalmente locas nada nos iba a detener. Nos preparamos, unos días antes habíamos dejado todo listo y solo tuvimos que ordenar un poco mejor las cosas. Salimos al patio y conectamos todos los instrumentos, anteriormente habíamos acomodado todo un sistema de sonido de primera calidad sobre los árboles que rodeaban la casa. Encendimos las luces y empezamos a tocar. Lo único que se escuchó durante un par de minutos fue la canción de los Rolling Stones “Street Fighting Man” mientras entraban cientos de soldados rompiéndolo todo.

Una patada tras otra, el cuerpo se me durmió del dolor y yo solo pensaba que nunca iba a acabar. Miraba hacia todos lados y solo veía a mis amigos tirados sobre charcos de sangre que se fundían con la tierra y esas botas, esas horribles botas que marcaron cada espacio de mi cuerpo. Me desmayé y desperté cuando la luz del sol cayó en mi cara. No podía moverme, saqué fuerzas de donde pude y me acerque a mis compañeros, no pude reconocerlos. Sus caras ensangrentadas y sus expresiones de horror, el cuerpo frio y la mirada apagada, solo pude cantar. Y canté la misma canción una y otra vez hasta que poco a poco mis ojos se fueron cerrando para no volverse a abrir jamás.

La calle uniformada

Paula Vargas

Era un día cubierto de nubes grises, anunciaba la llegada de la lluvia y Marta de 70 años se preparaba los mates y tortas fritas para acompañar. Le gustaba despertar a su nieto a desayunar antes de que el partiera para la facultad, le tenía preparada su ropa y unos chismes de los vecinos que escuchaba en la peluquería. Era una señora elegante pero nunca perdía la gracia, le gustaba anotar los chismes en una libreta porque tenía la idea de que algún día su nieto escribiera un libro sobre eso.

Ella toda su vida se encargó de su familia, quienes eran sus tres hijas y sus nietos. El padre de sus hijos se había marchado de la casa cuando la situación económica del hogar estaba en decadencia, él se había quedado sin trabajo y ella hacia todo lo posible por poder salir adelante, pero el hombre no soporto no poder ayudar y se fugó sin dar explicaciones. Por eso mismo sus hijas dejaron los estudios para poder colaborartrabajando, y así fue como pudieron salir adelante.

Pasaron unos cuantos años cuando las mujeres se fueron a vivir solas, cada cual con su pareja y sus hijos. El joven Martin se negaba dejar sola a su abuela y se quedó a vivir con ella. Les encantaba pasar tiempo juntos, él podía pasar horas escuchando las historias fantasiosas de Marta, tomaban mates hasta que él tenía que partir y a ella se le hacía difícil no pensar el peligro que corría al caminar solo por la calle, y más con una mochila en la espalda.

Mientras que esperaba ansiosa la llegada de su nieto, se sentaba en su silla frente a la ventana para ver quienes andaban en el barrio y al ver tanta soledad escribía en su libreta "la calle solitaria vestida de uniforme no deja jugar a niños en la calle, no deja leer un libro en la plaza, no deja que mi miedo a no volver a ver a Martin se vaya, la calle uniformada se adueña de todos". Sus años no permitían que se acostumbre a ver tanta injusticia, detrás de esa ventana que la cubría una cortina de seda blanca, veía las peores acciones de militares contra los jóvenes, los reprimían y se los llevaban en un auto, a ellos no se los volvía a ver cruzar por la vereda.

Las tortas ya estaban listas, el agua del mate se enfriaba y el chico no aparecía. La desesperación de la vieja aumentaba con el pasar de las horas. Se distraía un rato con la televisión, otro rato con el crucigrama, pero su cabeza no podía dejar de pensar donde estaría su retoño. Pensaba en posibles soluciones, pero ninguna le convencía. Estaba sola y solo le quedaba esperar, porque su pierna coja no la dejaba salir a buscarlo por las calles.

Esa noche fue la más oscura, las lágrimas no dejaban de caer y firme en la silla esperaba que la puerta se abriera una vez más. Esperaba la sonrisa que iluminaba su vida, esperaba contar otra historia más. Se imaginaba a su nieto retarla por preocuparse tanto, pero solo eran pensamientos en el medio de tanta desolación. Él no iba a aparecer esa noche, ni la siguiente. La calle uniformada se lo había llevado.